

COMUNICACIONES Y CONFERENCIAS

S^eLOMO^h IBN GABIROL, FILOSOFO Y TEOLOGO

1. *Saludo, evocación y despedida* *

SEAN mis primeras palabras la expresión de gratitud al Excelentísimo Ayuntamiento de esta universitaria ciudad de Málaga, ahora ya *de iure*, aunque tiempo ha lo era *de facto*, por su amable invitación, por mediación de mi querido colega el ilustre profesor Pérez Castro, para tomar parte en este homenaje que se tributa al eminentísimo poeta, filósofo y teólogo S^elomo^h ibn Gabirol, uno de los más preclaros hijos de Málaga, blasón de la cultura hebraicoespañola medieval y gloria de las letras arábigo-hebraicas.

Permitidme que ya en las postrimerías de mi vida docente universitaria, en una mirada retrospectiva de treinta años atrás, como Moisés hablando a su pueblo en el Deuteronomio, aproveche esta solemne oportunidad para evocar mis relaciones con esta ciudad. En la abigarrada sucesión de planes de estudios de Enseñanza Media en su etapa final, de Examen de Estado, reválidas diversas, curso preuniversitario, son muchas las veces que he intervenido, desde 1942, fecha de mi incorporación a la Universidad de Granada, como examinador o presidente de esos tribunales en esta capital, y tres veces, incluyen-

* Incluimos aquí esta 1.^a parte, a pesar de su valor meramente ocasional, como un recuerdo más —aparte algunos datos informativos— de la jubilación en el profesorado universitario del hasta ahora director, en la parte hebreo-bíblica, de esta M.E.A.H.

do la presente, en funciones, mucho más gratas que esa otra, de conferenciante.

Fue la primera el 28 de mayo de 1948 —hace casi un cuarto de siglo— sobre el tema: *Panorama cultural judaico en la España musulmana*, en el que hube de presentar ante la consideración y admiración de los oyentes, entre otros ilustres personajes esa gran figura que ya tiene su merecida estatua en esta su patria, donde se rinde fervoroso culto a esa cultura árabe-hebraico-española medieval, que tanto ha influido e influye en la idiosincrasia, matizaciones y tendencias culturales de estas regiones, y tan sugestiva atracción ejerció el pasado siglo en famosos escritores, y aún hoy día es uno de los atractivos del turismo en sus aspectos histórico, artístico e intelectual.

La segunda ocasión tuvo lugar el 14 de diciembre de 1966, en las *V Sesiones de Cultura hispano-musulmana* en las que presenté una comunicación sobre *El malagueño S^{el}omó^h ibn Gabirol, poeta y estilista árabe*, que acaba de salir a luz en nuestra MISCELÁNEA DE ESTUDIOS ÁRABES Y HEBRAICOS (1969-70), y constituye nueva demostración de mi especial devoción hacia este gran malagueño, una de cuyas obras filosóficas, el *Mibhar ha-p^{er}nānīm* o “Selección de perlas”, de que luego nos ocuparemos, con el fin de preparar su edición española, ocupa mis horas de investigación de un tiempo a esta parte.

Hoy vuelvo ante vosotros, en la grata ocasión que aquí nos congrega a unos cuantos cultivadores de las Letras y cultura hebraicoespañolas, para nuevamente decir algo, y también para escuchar a queridos compañeros y conspicuos maestros sobre esa figura cumbre, el mayor poeta, filósofo y teólogo de su tiempo, y de paso decir adiós, un adiós de amigo sincero, que os repite hoy, como la primera vez, pero con acento de mayor emoción, las sentidas palabras de Abensaid de Granada, esculpidas en uno de esos floridos y deleitosos rincones al pie de la Alcazaba:

*”A Málaga tampoco mi corazón olvida,
”No apaga en mí la ausencia la llama del amor”.*

Sea ésta mi despedida, unida a la evocación de muy estimados amigos malagueños que en esos tres decenios rindieron

su tributo a la muerte. “Bendita sea su memoria”, *Zikronô li b^erākā^h*, digamos a cada uno, con frase bíblica, como una flor y una oración sobre su tumba.

2. *Presentación*

“Paraíso terrenal” llamaron los árabes a Máiaga. En efecto, pródiga fue con esta ciudad la Madre Naturaleza, y aún diríamos mejor la divina Providencia en el reparto de sus dones, tanto materiales como espirituales, del suelo y del cielo, del paisaje, tierra y mar, así como del arte y la cultura; pero sobre todo, y lo que más vale, de insignes personalidades en todos los tiempos y en todos los campos de las más nobles actividades humanas. Largo sería el recuento y nos faltaría espacio hasta para una simple enumeración de tantas bellezas y glorias.

Uno de esos personajes, cuya cuna se meció en este lugar privilegiado, es objeto de merecida conmemoración en estos días. Floreció hace ya cerca de un milenio, en aquel imponderable siglo XI, que tan eximios valores ostenta en la Historia patria. Fue altísimo poeta, “sabio de corazón”, como la Biblia denomina al artista, científico de superior nivel, eximio estilista, místico, filósofo y teólogo: en suma, una de las mayores glorias del Judaísmo español, que es tanto como decir un espléndido florón de nuestra Historia medieval.

Tan rica es la personalidad de S^olomó^h ben Y^ehudá ibn Gabirol, que no solamente habría podido inmortalizar a varios individuos repartiendo sus excepcionales dotes y preeminencias, sino que para estudiarla digna y detenidamente se impone una distribución de temas en consonancia con sus variadas facetas.

A las grandes figuras de la Historia, y quizá más todavía a los gigantes de las Letras y las Artes, resulta difícil a veces, por la riqueza y complejidad de su personalidad y la influencia ejercida sobre sus contemporáneos y generaciones siguientes, hacerles un retrato único, completo y verídico en todas sus dimensiones; de ahí la conveniencia de repartirse esa tarea entre varios, como es el caso presente, con lo cual se consi-

gue, al propio tiempo que una mayor hondura y más exactos perfiles, una fusión de entusiasmos y provechosos trabajos de investigación, coincidentes en la misma finalidad de ensalzar y encomiar al personaje objeto de sus afanes.

Alta y de gran envergadura es la porción que a mí me ha correspondido en esta mancomunada sinfonía en torno a Ibn Gabirol, cual es su faceta filosófico-teológica, y por eso mismo temo ser un heraldo indigno y menguado expositor de ese noble título que, aun cuando aparezca bipartido, es uno sólo según el concepto de la época, en el que se funden los valores humanos de la Filosofía y los divinos de la Teología.

Algo hube de exponer sobre este importantísimo aspecto, aunque de pasada, en mi indicada segunda intervención; pero allí me referí particularmente al lenguaje, a la envoltura arábica de algunas de sus obras, que ahora estudiaré más bien en su contenido, *Non bis in idem!* *S^elomo^h ibn Gabirol, filósofo-teólogo* será, pues, el tema de esta disertación.

No es frecuente en la República de las Letras la personalidad de un gran filósofo que sea al mismo tiempo gran poeta, y menos aún también conspicuo teólogo, incluso un verdadero místico; eso fue Ibn Gabirol, el durante tantos siglos travestido o desfigurado *Avicebrón* de los escolásticos, nacido (1020?) y educado en Málaga, residente después en la ciudad del Ebro y muerto (1058?) tal vez en la del Turia, tras una vida no muy longeva, de 38 años —lo mismo que otro gran filósofo español, Balmes—, que algunos autores todavía suponen más breve, (1050?) y otros más larga (1070?), pero, en todo caso, fecundo para las Bellas Letras.

Cuando tanto se ha escrito acerca de este gran personaje por autorizados investigadores de la cultura hebraica, nada nuevo podría yo añadir, ni sería éste tampoco el momento adecuado para novedosas lucubraciones. Aspiro únicamente a ser portavoz y divulgador de uno de los títulos más preclaros de este gran malagueño de fama universal.

Espero asimismo que esta labor de difusión en todos sus aspectos se prolongue y amplíe a los cuatro vientos mediante mi última publicación, *Legado del Judaismo español*, próxima a salir de prensas bajo los auspicios de la Editora Na-

cional, donde me ocupo de Ibn Gabirol en varios capítulos, a tenor de sus multiformes visos, con la atención, entusiasmo y ponderación que se merece tan insigne personaje.

Sintetizando las dos principales facetas que abrillantan su figura, diríamos que él infiltró la Poesía en la Filosofía, y la Filosofía en la Poesía, prestando así a una y otra nuevas galas y vistosos realces; a la Filosofía, con mayor belleza de concepción y ropaje, y a la Poesía, con mayor vigor en su estructura. Ambas fueron las dos alas de su genio. Por eso le llamó Heine: "Poeta entre los filósofos y filósofo entre los poetas". Conviene, no obstante, reducir el alcance de este retruécano a sus justos límites, como intenta hacerlo el traductor francés del *Fons vitae*, Jacques Schlanger, el cual, sin embargo, exagera generalizando, en sentido contrario, al decir que: "On ne retrouve guère le poète chez le philosophie. Ce dernier est aride, abstrait" (p. 10). Eso es cierto, aunque solamente en esa obra, cuyo original tampoco podemos juzgar, puesto que se perdió, y mucho menos las numerosas obras filosóficas del mismo, que se perdieron; pero no es aplicable en modo alguno al poema filosófico-teológico *Corona real*, ni aún a las otras dos obras de contenido filosófico, de que hablaremos después. Por eso es justo añadir, al menos como lo hace el citado traductor: "Si le poète a disparu dans l'oeuvre philosophique, le philosophe, par contre, transparait dans l'oeuvre poétique", con lo cual, en definitiva, sin subtilizar demasiado y dado que la persona es indivisible, queda substancialmente en pie la primera fórmula bímembre susodicha.

Interesante es destacar asimismo que la vida de Ibn Gabirol, por efecto no ya en este caso de su propio temperamento o idiosincrasia, sino más bien del ambiente, que tanto moldea y en gran parte determina la vida y la acción de los individuos, aparece marcada por notables antinomias.

"La obra de Ibn Gabirol —escribe el mencionado autor— en lo que tiene de esencial, se presta de una manera que casi parece deliberada a un equívoco fundamental. Poeta y filósofo, nunca fue aceptado más que bajo uno de estos aspectos en cada caso. Únicamente poeta para los judíos, que no han querido enterarse de

su filosofía, ha sido solamente filósofo para los no-judíos (“*gentila*” dice el texto), que no han conocido su poesía. Poeta en lengua hebrea, ha sido pensador de expresión arábica”.

Y seguidamente añade:

“Ibn Gabirol es el único entre los pensadores judíos —se refiere concretamente a S^e adyá, Y^ehudá ha-Leví y Maimónides— en quien se manifiesta una excisión radical entre la obra poética y moral, fundamentalmente judaica y aceptada como tal por sus correligionarios, y la obra filosófica propiamente dicha, a saber el *Fons vitae*” (p. 9).

También aquí tendríamos que hacer, aun admitiendo lo substancial, algunas salvedades y aun rectificaciones en las tajantes afirmaciones precedentes. Los judíos, no solamente los modernos sino también los de otros siglos, han reconocido los méritos filosóficos de Ibn Gabirol. El mismo Moisé ibn 'Ezra, aun cuando no haga especial mención de esa cualidad, probablemente porque en su libro de *Poesía hebrea* (según el título de la versión hebrea) debía acomodar el contenido al título, cita, sin embargo, varios pasajes del *Fons vitae* en su obra de carácter filosófico “Jardín sobre el sentido metafórico y el propio”, lo cual supone evidente o al menos implícitamente una estimación de los valores filosóficos de nuestro personaje. Más todavía: el poeta y filósofo del siglo XIII Ibn Falaquera compone un resumen hebraico de la obra de Ibn Gabirol, que andando el tiempo había de servir para la feliz identificación de éste con el *Avicebrón* de los Escolásticos. También este inesperado equívoco onomástico podría agregarse a los anteriormente citados, que parecen como el sino de nuestro autor, y aun alguno otro, a que hicimos referencia en nuestra comunicación anteriormente aludida, de carácter gráfico y denominativo, a saber, la confusión de S^elomó^h *Ibn Gabirol ha-malaki*, “el malagueño”, nada menos que con S^elomó^h *ha-mélek*, el bíblico rey Salomón.

3. *Estudios y juicios sobre Ibn Gabirol filósofo.*

Al contemplar la radiante figura del “clarísimo poeta”, como le llama Isaac Aboab en su famosa *Nomología*, en el marco de la didáctica, la literatura y la actual investigación patria, sentimos la satisfacción de ver a numerosos escritores, críticos, profesores que de él se han ocupado con admiración y reconocimiento de sus méritos y alta alcurnia intelectual, y que por cierto no han sido parcos en sus merecidos elogios.

Digamos en primer lugar que Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Hispana Vetus*, t. II, p. 36, solamente nombra a nuestro personaje, diciendo: (saeculo XI) *Rabbi Salomonem Ben Gabiról patria malacitanum Caesaraugustae incolam*”.

El benemérito J. Rodríguez de Castro, en su conocida *Biblioteca Española* (Madrid, 1781, 2 t. in-f^o; t. I. pp. 9-11), le dedica cuatro columnas, con noticias de su vida y obras. Perdonémosle, en gracia a los dos siglos transcurridos desde entonces, algún error, cual es la afirmación de que el *Fons vitae*, un libro de Filosofía, dice, titulado M^eqor hayyim, “fuente de las vidas o de los que viven”, sea, según él, “una exposición de los comentarios de Aben Ezra” (!), o vaguedades como que el *Kèter malkût* “contiene varios cánticos y oraciones”.

Don José Amador de los Ríos, en sus *Estudios históricos, políticos y literarios...* (Madrid, 1848) se ocupa de él en un par de páginas (242-243), y en su conocida y posterior *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal* (Madrid, 1876, 3 vols., inserta dos breves menciones (t. I, pp. 226-227).

Juan Valera le estudia detenidamente en varias ocasiones, sobre todo en el extenso artículo: *De la Filosofía española*, que vio la luz en la Revista de España (Dic. 1873), “con ocasión del tomo de la B. A. E. titulado *Obras escogidas de filósofos*”, estudios del que después tomaremos algunos juicios y referencias.

Menéndez y Pelayo en el tomo I de su *Historia de las Ideas Estéticas en España*, capítulo III “Arabes y judíos españoles” (pp. 350-358, ed. del C. S. I. C., 1940) hace un detenido análisis del “célebre libro de *La Fuente de la vida*”, y una rápida men-

ción de "su poema más celebrado, *La Corona Real*, donde el autor venció la enorme dificultad de revestir de forma poética los dictados de la cosmogonía de Aristóteles: es una exposición de su filosofía, tan precisa y dogmática, si no tan completa, como el mismo *Makor Hayim*" (= *H^eqôr hayyim*); pero el sabio maestro no consigna el *Mibhar ha-pⁿinim*, aunque ya entonces (julio de 1883) hacia años que había aparecido la edición bilingüe de B. H. Ascher (London, 1859), *A choice of pearls*. También se ocupó de él como poeta en el Prólogo de su *Antología de poetas líricos castellanos* (págs. LXXI-LXXIV del tomo I (Madrid 1890).

El P. Dionisio Domínguez en su *Historia de la Filosofía* (5.^a ed. retocada y aumentada, Santander, 1946, pp. 183-184, le bosqueja en una breve página, donde aparte de algún craso error cual es la afirmación de que "la única producción que de él conservamos... es la *Fuente de la Vida*", reconoce, no obstante el valor de su "*sistema metafísico teológico*, que no deja de sorprender por su *novedad y encadenamiento lógico*, e *influyó en varios escolásticos del siglo XIII*".

En la *Islamología* del P. Félix M. Pareja (Razón y Fe, Madrid, 1952-1954, p. 892), bajo el epígrafe *La "falsafa" de los judíos del Andalus*, se hace honorífica mención de nuestro personaje y de su obra cumbre filosófica, *Fons vitae*, "con la cual contribuyó a la propagación del neoplatonismo".

Digno de particular mención es Federico de Castro y Fernández, que publicó a principios de siglo una traducción del *Fons vitae*, "La Fuente de la vida", "traducida en el siglo XII por Juan Hispano y Domingo González, del árabe al latín, y ahora por primera vez al castellano" (Madrid, s. a. = 1901), incluida en la "Biblioteca de Filosofía y Sociología", vol. 6, de modesta presentación, precedida de un largo y documentado *Estudio preliminar* (pp. 5-70). Aunque de muy limitado mérito, es laudable el propósito, máxime teniendo en cuenta la fecha, y la simpática sencillez del traductor, que termina así su *Estudio preliminar*: "Esperamos que esta pobre traducción y este ligero estudio con que nos proponemos popularizarlo, ha de ser recibido con interés por la juventud y con indulgencia por las personas ilustradas". El autor consultó varios códices e incluso el resumen hebreo de Ibn Falaquera, y siguió fun-

damentalmente la “preciosa edición” del texto latino dada a luz por Clemente Baumeister en 1895, “no sin apartarse algunas veces de su texto”.

Mayor importancia para el conocimiento de Ibn Gabirol como filósofo representa la aportación de A. Bonilla San Martín, quien en su *Historia de la Filosofía Española* (t. II, siglos VIII a XII: *Judíos*, 1911) consagrada a Ibn Gabirol casi una tercera parte del tomo (pp. 97-214 y 419-446), donde se hace un pormenorizado y erudito estudio de la vida y escritos de nuestro autor, incluso con traducción en verso, por el mismo Bonilla, de “una de las composiciones del filósofo, que figura en la liturgia del rito español para el día de las expiaciones” y comienza: “¡Renuncia a tu dolor, ánima inquieta!” (pp. 110-111), y se incluye un detenido análisis del contenido de *La Fuente de la vida*, doctrinas de esta obra (La materia y la forma, la voluntad), y “sistema de Abengabirol en la Historia de la Filosofía”. Recuérdese que el autor era catedrático de esta disciplina en la Universidad de Madrid. Se trata, pues, de una contribución muy meritoria a los estudios gabirolianos.

El profesor José M.^a Millás, no hace mucho fallecido (*zi-kronô li-b'erākā^h!* repitamos respetuosamente), que asistió también a las aludidas *V Sesiones de Cultura hispanomusulmanas* (Dic. 1966) aquí celebradas, aunque ya herido de muerte por traidora enfermedad, inició la *Biblioteca hebraicoespañola* del Instituto Arias Montano (C. S. I. C.) con un precioso tomito, de conformidad con el formato planeado para la misma, de 200 páginas: *Selomó ibn Gabirol, como poeta y filósofo* (Madrid-Barcelona, 1945). En sus cinco capítulos se exponen: la biografía de Ibn Gabirol y fragmentos de sus poesías varias, actividad científica del mismo, la *Fuente de la vida*, Ibn Gabirol gran poeta religioso y místico, y el *Kéter Malkút* (o Corona Real). Anteriormente (1940) había tratado con la merecida extensión a nuestro autor en su magistral obra *La poesía sagrada hebraicoespañola* (pp. 75-82 y selección de 27 poesías traducidas, pp. 186-224).

Por nuestra parte —y perdónesenos la inmodestia en gracia a la más completa información— dedicamos a Selomó ibn

Gabirol en nuestro *Manual de Historia de la Literatura hebrea* (Gredos, 1960) la mayor parte del capítulo XVII (II parte de la obra), y hemos hecho del insigne poeta, filósofo y teólogo el debido mérito en diversas conferencias, por no decir en todas, sobre panorama cultural o literatura hebraicoespañola pronunciadas en diferentes ciudades (Granada, Málaga, Almería, Tetuán, Tánger, Casablanca, etc.); le dedicamos la antes mencionada comunicación en las referidas sesiones, y esperamos publicar dentro de poco la edición española —que será la primera en nuestra lengua— del *Mibhar ha-p'ninim*.

Como anticipación de este trabajo, tenemos presentado un estudio sobre el mismo tema con destino al *Homenaje al P. Félix Pareja*, con motivo de su octogésimo aniversario, acordado en la Asamblea de la Asociación Española de Orientalistas celebrada en Granada en los primeros días de octubre de 1970, que esperamos vea pronto la luz, luego de vencidas algunas dificultades surgidas en torno a la publicación de los numerosos trabajos remitidos

En nuestro reciente estudio-conferencia sobre *El tema del amor en los poetas hebraicoespañoles medievales* (Universidad de Granada, 1971) centramos nuestra atención en los tres primates de esa Poesía: Selomó ibn Gabirol, Y^chudá ha-Leví y Mošé ibn 'Ezra, con numerosos ejemplos poéticos de los mismos.

De nuestra última aportación en torno a la gran figura que nos ocupa, en el *Legado del Judaísmo español*, ya hicimos mención anteriormente, indicando va repetida en varios de sus capítulos

También nos place recordar que gracias a nuestra personal intervención se publicó en la MISCELÁNEA DE ESTUDIOS ÁRABES Y HEBRAICOS que viene editando desde 1952 la Sección de Filología Semítica de la Facultad de Letras de Granada, una traducción del atildado y fecundo escritor Rafael Cansinos Assens, que aún llegó a verla impresa postrado ya octogenario en su lecho de muerte (1964).

Añadamos, finalmente, como una prueba más de nuestro no extinguido interés en favor del ilustre malagueño, que uno de los profesores del Departamento de Hebreo y Arameo de nuestra Facultad, doctor Antonio Torres Fernández, por ini-

ciativa nuestra ha efectuado la traducción española del *Fons vitae*, con vistas a una posible publicación, completada con nuestra colaboración, de esa obra filosófica del genial Ibn Gabirol.

En conclusión, ante esos datos, creemos tener algún título para considerarnos como un modesto, pero entusiasta heraldo de las glorias de S^olomó ibn Gabirol.

Otras menciones esporádicas que podrían señalarse en diversas publicaciones nacionales incrementarían exageradamente esta información. En las varias Enciclopedias judaicas aparecidas en lo que va de siglo se le concede al autor del *Fons vitae* y el *Kéter malkut* el puesto de honor a que es acreedor, tanto individualmente considerado como en artículos generales (Filosofía, Poesía), e igualmente, como es lógico, en las historias de la Literatura judaica y en numerosos estudios monográficos. A todas esas fuentes remitimos, y, naturalmente, a las ediciones de sus obras y versiones de las mismas.

Como puede apreciarse, no ha sido parva ni de menor valía la contribución española a la divulgación del nombre y méritos de S^olomó ibn Gabirol; nadie podrá decir de él que haya sido desconocido u olvidado en su patria, en esta España tan olvidadiza a veces de su propia grandeza y la de no pocos de sus hijos.

En algunas de las publicaciones antes mencionadas se hace un meticoloso análisis de la filosofía gabiroliana, que no hemos de repetir aquí, ni cabría en los límites de una conferencia. Hemos de concretarnos, pues, a una especie de pánegírico del eminentísimo poeta, filósofo y teólogo, en estos dos últimos aspectos, ofrendándole una corona de loores que engalane la estatua a él erigida en su ciudad natal y única hasta el presente en España, igual que Córdoba levantó una al glorioso polígrafo Maimónides, allí nacido, al que también tuvimos el honor, en tal ocasión, de ofrendar una "corona laudatoria".

Nuestra atención en este breve estudio o *memorandum* sobre S^olomó ibn Gabirol se centrará en las siguientes obras: A) *M^eqor Hayyim* o *Fons vitae*, B) *Tiqqún middôt ha-nefeš* (Co-

rección de los caracteres”), C) *Mibhar ha-p^eninim* (“Selección de perlas”) y D) *Kêter malkût* (“Corona real”). Consignamos los títulos hebraicos para mayor simplificación y unidad; en los respectivos apartados indicaremos asimismo los correspondiente árabes de las tres primeras obras, originariamente compuestas en esta lengua.

A. *M^eqor Hayyim*.

Como acertadamente escribió Cicerón, no solamente *imperator* de la elocuencia romana, sino también, en frase de un eminente crítico francés del pasado siglo (Sainte-Beuve, 1804-1869), “le plus grand littérateur qu’il y ait jamais eu”, todas las Ciencias están ligadas entre sí por una especie de vínculo común de parentesco. Si hubiéramos de establecer categorías, sin duda alguna habría que situar en la cumbre Filosofía y Teología, la primera, “una ciencia superior de las cosas”, y la segunda, “ciencia de Dios y sus relaciones con el hombre”. Estos son precisamente los dos aspectos científicos que vamos a estudiar en la personalidad de S^elomó ibn Gabirol.

Esa íntima unión existente entre la Filosofía y la Teología data de los orígenes mismos del pensamiento filosófico entre los griegos, se manifiesta antes con esplendores soberanos en la Biblia, y hasta se atisba en el primitivismo de los pueblos subdesarrollados o netamente salvajes. La Filosofía tiene como objeto propio el conocimiento de lo humano y lo divino, y sus causas según la definición ciceroniana: “*humanarum et divinarum rerum notitia, causarumque quibus hae res continentur scientia*”; y dentro de las ramas específicamente filosóficas, o más concretamente en el ámbito metafísico, la Teodicea, que trata de Dios, su existencia y atributos, ocupa un lugar muy destacado.

En el área del Judaísmo, Cristianismo y aun de algunas otras religiones, ese concepto de la Teodicea se sublima por obra de la revelación sobrenatural dogmática de esos credos, al grado supremo de la Teología, “ciencia de la religión de las cosas divinas”; pero, si bien se mira, tal consideración no hace sino estrechar aún más los vínculos entre lo humano y lo divino,

elevando el conocimiento filosófico del hombre a las esferas de la divinidad y lo sobrenatural: es la divinización de la Teodicea, que ya, al menos para los creyentes en el más allá, se funde, hasta esfumar su individualidad, en apretado abrazo con la Teología.

Sobre esta firme e incommovible base ya podemos analizar con segura visión la personalidad y obras cumbres filosófico-teológicas de Ibn Gabirol, aun cuando, para mayor claridad, consideremos a veces por separado ambas facetas de este gran filósofo y teólogo. Incluso la tercera, tan destacada, de poeta filósofo y místico, se funde en estrecha conjunción de maravillosa tríada con las otras dos que destacamos en nuestro personaje. Pero ése y otros aspectos de su vida y su obra, marco histórico y ambiente cultural en que éstas se desarrollan serán estudiados por otros conferenciantes ex profeso, por lo cual deslindaremos cuidadosamente nuestro campo en la medida de lo posible, pues de un modo absoluto no lo sería sin mutilar o desfigurar la personalidad.

Nascuntur poetae, fiunt oratores! Si “el poeta nace, y el orador se hace”, cuánto más tendrá que hacerse o formarse el filósofo o el teólogo, en los que la reflexión y el engranaje riguroso de las ideas es tan esencial. Ibn Gabirol nació poeta, pero aureolado con el carisma del genio, y su inclinación introspectiva, las circunstancias mismas de su constitución sicosomática, la educación, las vicisitudes y azares de la vida, quién sabe qué factores de los muchos que determinan casi siempre de modo misterioso la trayectoria de los escritores, pensadores y hombres de Letras en general, y aun el sino mismo de cada individuo, orientaron su mentalidad hacia la Filosofía y la Ciencia con tal fuerza que “doliente, sin madre ni padre, inexperto, sin hermano ni más amigo que mis pensamientos”, dice él mismo lamentándose de su aciago destino en uno de sus poemas, se consagró por completo a la meditación y al aislamiento. Ni siquiera se casó; su “amada” era la Ciencia, como él mismo confiesa. “La amé y la busqué desde mi juventud, procuré desposarme con ella, enamorado de su belleza”, podía decir con las palabras apasionadas que el autor del Libro de la Sabiduría pone en boca de Salomón (Sb 8^o).

La principal obra filosófica conservada de Ibn Gabirol tuvo un sino curioso y en parte adverso. Fue compuesta en lengua árabe, con el título *Yanbu' al-Hayya*, lo cual era norma usual en los escritores judíos radicados en países de habla árabe en la Edad Media, tanto en Oriente, a partir de la expansión del Islam, como en Occidente y Norte de Africa desde su propagación por estas tierras; pero ese original se perdió, como tantas otras obras de la literatura hebraicoespañola e hispanoárabe. Afortunadamente había sido ya traducida al latín, con el título *Fons vitae*, traslación exacta del original, en 1150, por los famosos traductores de la Escuela de Toledo, Juan Hispalense y Dominico Gundisalvo, así como también posteriormente una selección al hebreo, con el epigrafe *Liqqutim min Séfer M^oqōr Hayyim*. "Extractos del libro Fuente de la vida", por Sem-Tōb ibn Falaquera, en el siglo XIII.

Pero ocurrió que por la corrupción del apellido Ibn Gabirol entre los escolásticos, que lo transcribían por *Aben Cebrol*, *Avicembrón* o *Avicebrón*, se olvidó la paternidad de su verdadero autor, olvido que en cierto modo se explicaba, perdido ya el original árabe, por la radical disparidad estilística y psicológica que se deduce entre las disquisiciones y lenguaje del *Fons vitae* y los primores y exaltación lírica de los poemas gabirolianos. Como observa el citado J. Schlanger, "los lectores latinos del *Fons vitae* se habrían asombrado no poco si alguien les hubiera dicho que el autor de esta obra metafísica tan abstracta era al propio tiempo uno de los poetas más célebres y más originales de su comunidad" (p. 10).

Algún autor hebreo del Renacimiento parece tuvo atisbos respecto a esa identificación, que también insinuó Rodríguez de Castro (ob. cit. p. 10); pero la plena gloria corresponde al gran investigador de la cultura hebraica Salomón Munk, el cual en 1847, cotejando el texto latino con el resumen hebreo susodicho, logró establecer de un modo convincente la identidad de la obra y del autor.

Probablemente fue ésta elaborada por Ibn Gabirol en plena madurez, con posterioridad a la composición de otros escritos filosóficos a que él mismo alude y que no han llegado hasta nosotros. Con razón, pues, la califica Menéndez y Pelayo de "profundísimo libro" (l. ut. *Antología*).

El sumario de su contenido, tomado de los epígrafes que encabezan cada tratado, es como sigue. Consta de *cinco tratados*, subdivididos en apartados, de moderada y bastante uniforme extensión. El 1.º consta de 17, el 2.º de 24, el 3.º de 59, el 4.º de 20 y el 5.º de 43; en total 162. El primer tratado versa sobre lo que debe establecerse previamente para designar la materia universal y la forma universal, y para designar la materia y la forma en las substancias compuestas; el *segundo* trata de la substancia como sustentáculo de la corporeidad del mundo; el *tercero*, de la realidad de las substancias simples; el *cuarto*, del conocimiento de la materia y de la forma en las substancias simples, y el *quinto*, de la materia universal y de la forma universal.

Su tesis fundamental se basa en la *universalidad de la materia*; todos los seres, excepto Dios, substancia primera, única, verdadera y permanente, están compuestos de materia y forma, sin exceptuar el alma humana y los ángeles; pero advirtiéndose que esa *materia* no ha de entenderse precisamente en sentido corpóreo, sino como *potencia* por oposición a *acto*. Dios es la causa primera de todo cuanto existe. La *forma* le da a la materia la existencia, unidad y substancialidad. Ambos principios son comunes en todo lo criado y están unidos a Dios con lazo indisoluble, puesto que de Él procede la potencia generatriz del espíritu cósmico, de donde brotan sucesivamente todos los demás seres.

La obra está escrita en forma dialogada, a imitación de los antiguos filósofos, pero con sólo dos interlocutores, Maestro y Discípulo, norma que adoptó también Yehudá ha-Leví en el *Cuzari* y posteriormente siguieron otros muchos, v. gr. Fray Juan de los Angeles en varias de sus obras.

Sigue las doctrinas neoplatónicas, Porfirio, Proclo y especialmente las *Ennéadas* de Plotino, por lo cual se le puede llamar el *Plotino judío*, con más razón que el Platón judío, como hizo el historiador Graetz. Su mérito, por consiguiente, no estriba en la originalidad del contenido, sino más bien en la densidad y energía con que expone sus teoremas filosóficos.

En cuanto al título, *Fuente de la Vida*, *πηγυαῖς* la expresión se encuentra en Plotino (Enn. VI, lib. IX, c. 9), así co-

mo también en Filón de Alejandría (*De Profugis*, al final) y otros escritores judíos, v. gr. Y^ehudá ha-Leví (en dos de sus poesías), aplicada a Dios y en San Agustín (*Confesiones*), referida a Verbo (que es *Fons vitae aeternae*), como consigna puntualmente Bonilla San Martín (ob. cit., pp. 170-171, nota 2). Pero ante todo importa recordar que se encuentra en el Sal 36¹⁰; *kî cimmka m^eqōr hayyîm*, “porque en Ti (oh Dios) está la Fuente de la vida” y sigue: “y en tu luz vemos la luz”, y no hay que olvidar la predilección que los autores judíos de todos los tiempos, y señaladamente en la literatura hebraicoespañola, han tenido en poner a sus obras, sean de la índole que fueren, no solamente religiosas, títulos tomados de expresiones bíblicas. Después haremos semejante observación respecto a la *Corona real*.

Don Juan Valera sintetiza su juicio, de proyección bifronte, sobre la principal obra filosófica de Ibn Gabirol diciendo: “Hay en su *Fuente de la vida* mucho de Platón y Aristóteles, combinado y armonizado como en Plotino y en otros eclécticos de Alejandría; pero sobre estos elementos resalta el pensamiento propio del autor de una manera originalísima y poética; cualquiera vería en su obra la de un digno precursor de Hegel, si no hubiese algo en el filósofo malagueño que va más allá de Hegel, que profetiza una filosofía del porvenir, a saber: la tentativa, el conato de reunir y concordar principios hegelianos con la idea de un Dios personal y todopoderoso, cuya voluntad es la causa efectiva de los seres.” (ob. cit. pág. 218).

B) *Tiqqûn middôt ha-nêfeš*.

El *Kitâb islah al-ajlak* o “Libro de la corrección de los caracteres”, compuesto en árabe (1045), y vertido al hebreo por Y^ehud ibn Tibbôn, “padre de los traductores”, con el título *Tiqqûn middôt ha-nêfeš*, “Perfeccionamiento de las virtudes del alma”, es, como se deduce del título, un libro de moral práctica, de orientación educativa, que nos descubre en su autor una acusada faceta de moralista, que se acentuará en la “Selección de perlas”, y en ambos se enriquece ese aspecto con el de psicólogo penetrante y certero. Es de notar asimismo la orien-

tación sicosomática, hoy tan en boca, que tan remoto abolen-
go tiene en la historia de la Ciencia y de tan profunda rai-
gambre bíblica. "Ibn Gabirol —escribe Millás Vallicrosa— en
su tratadito procura darnos un cuadro de las diversas cualida-
des virtuosas y viciosas con los cinco sentidos, en relación asi-
mismo con los cuatro humores. Es la clásica teoría numorai,
que por Işhaq Israelí remonta a Galeno, Hipócrates y Aris-
tóteles: todo ello subordinado en Ibn Gabirol al fin ético que
se propone" (*ob. cit.* p. 62).

Las numerosas referencias bíblicas dan a esta obra el co-
lorido escriturario típicamente gabiroliano. En la serie de es-
critos acerca de las pasiones humanas (Descartes, 1649, Pas-
cal, etc.) que registra la Historia de la Filosofía, el tratado de
Ibn Gabirol ocupa un puesto de honor, aun cuando haya sido
menos divulgado que otros.

Interesante por su valor didáctico es el gráfico o tabla de
las relaciones entre las cualidades morales, sentidos, humo-
res y elementos, que figura en el texto original y la traducción
hebrea, y que suelen traer las enciclopedias judaicas y mono-
gráficas acerca de nuestro autor (vid. Millás, *ob. cit.* pp. 64 y
anejo, texto hebreo y traducción; ít. E. J. C. V, p. 21 y IV, p.
463).

El texto original árabe de esta obra ha tenido mejor fortu-
na que el de las otras dos obras prosísticas de filosofía que
estudiamos y restantes de esta índole (que se perdieron), pues
aunque en un solo manuscrito, guardado en la Bodleian Li-
brary oxoniense, millonaria en volúmenes y riquísima en fon-
dos manuscritos hebreos y arábigos, se nos ha conservado ín-
tegro, y, por añadidura, fue publicado por S. S. Wise con la tra-
ducción inglesa (Nueva York, 1901), suerte que no han teni-
do todavía otras obras importantísimas, como es, p. e., la *Poé-
tica* de M. ibn 'Ezra. De la versión hebraica existe un manus-
crito en la Biblioteca Nacional de Madrid (n. 5.463, que con-
signa Millás).

C) *Mibhār ha-P'ninim*.

"Selección de perlas" (*Mujtār al-ġawāhir* en el original
árabe, perdido, a excepción de dos folios que M. N. Sokoloff pu-

blicó en 1929, y *Mibhār ha-p^hninīm* en la traducción hebrea de Y^ehudá ibn Tibbón, que obtuvo gran fortuna y ha sido retraducida a varias lenguas) es un variado florilegio de 652 máximas o sentencias morales, algunas de ellas más desarrolladas de lo usual en estos repertorios y agrupadas, según su contenido, bajo 64 epígrafes en cantidad muy variable, desde una hasta 75 (capítulo 1.º).

Como dejamos dicho, tenemos entre manos la preparación de una edición española, circunstancia que unida a las diversas referencias sobre esta obra en otros trabajos nuestros, nos veda un estudio más pormenorizado en la presente disertación, aparte de las obvias limitaciones de la misma

Esas máximas proceden de las cristalinas fuentes bíblicas, de los bullentes manantiales griegos y latinos, de los fantásticos hontanares árabes y de los lejanos ríos del saber hindú. Ello nos descubre una nueva faceta del gran poeta y filósofo, cual es la de erudito con espíritu abierto a todos los horizontes de la cultura, tan más estimable y digna de admiración cuanto que se trata de un genio creador, profundamente original. Pero su espíritu universal lo abarcaba todo, y, como el “escriba instruido” del Evangelio (Mt. 13⁵²) “sacaba de su tesoro lo nuevo y lo añejo”.

Al propio tiempo nos da una gran lección de humildad, pues no desdeña en recoger esas flores de sabiduría dondequiera que las encuentra —“No repares en aceptar la verdad, de quienquiera que sea, incluso de los inferiores” es la máxima n.º 64— y las guarda amorosamente para ofrendarlas en vistoso ramillete a las futuras generaciones. De este modo se muestra asimismo verdadero maestro, cuya enseñanza se perpetúa, y es de creer que no pocas de esas sentencias fuesen de su propio pensil y dolorosa experiencia, pues aun cuando muchas van encabezadas con la expresión: “Dijo el sabio”, o “Cierta individuo”, etc., otras no, y abundan las que empiezan, como en los libros sapienciales de la Biblia: “Hijo mio...” Son bastantes asimismo las que traslucen rasgos inequívocos del carácter de Ibn Gabirol y de los sinsabores, pesadumbres y desplantes que por su valía y su talento tantas veces recibió de los ignorantes, envidiosos y petulantes, v. gr. “Nadie necesita tanto de nuestra conmiseración como el sabio juz-

gado por un necio" (n.º 67), o ésta otra: "¿Cuál es la virtud máxima? la paciencia" (n.º 84), o la que también encontramos en el Evangelio, perteneciente tal vez al patrimonio cultural flotante en tiempos de Jesucristo, como un buen número de dichos o proverbios evangélicos: "No arrojéis las perlas a los puercos, incapaces de apreciarlas, ni instruyáis en la sabiduría al que es incapaz de estimarla" (n.º 68), gran principio pedagógico que debiera tenerse en cuenta en la selección de los que invaden el santuario de la Ciencia sin verdadera vocación o con fines bastardos.

Sobre todo se muestra nuestro autor como fino sicólogo práctico, a diferencia de tantos teorizantes de todos los tiempos, y, lo que todavía encierra más valor, un eminente moralista, completamente empapado del espíritu de la Biblia, que es tanto como decir del espíritu de Dios. Bien podemos asegurar que el *Mibhār ha-p'ninim* es un espejo de la alta moralidad y elevada sapiencia del autor, que, sin ser perfecto, como nadie puede serlo en este mundo, por eso el divino Maestro nos exhorta a procurarlo —"estote perfecti"—, y a la perfección aspiran todos los nobles espíritus, no habría podido efectuar semejante selección de normas y finos pensamientos del bien vivir, al no estar plenamente convencido de esas verdades perennes y de su eficacia para el gobierno del mundo y el mejoramiento del alma, ejercitándose con asidua ascesis en ponerlas por obra.

D) *Kéter Malkût.*

Tal es el título, que, como el mismo poeta consigna en el encabezamiento, de este himno gigante, "puso en el ápice de sus cantos de alabanza, llamándolo *Corona real*", porque, en efecto, es como una síntesis y coronación de sus sentimientos, de su saber científico y sus dotes de poeta excelso. Es un grandioso poema, único en la literatura universal, en el que se adunan Filosofía, Teología, Cosmología, Astronomía, Antropología, Escriturística, sublime poesía, lirismo, exaltación látréutica, oración y deprecación penitencial.

Son muchos, por lo tanto, los aspectos que en él pueden

estudiarse, todos de gran interés; pero aquí hemos de limitarnos a breves consideraciones acerca de su estructura, contenido general y valores filosófico-teológicos.

Digamos, ante todo, como señal de su inaccesible excelencia, que algunos grandes poetas hebreos quisieron imitarlo, tal p. e. Y^chudá ha-Leví, en su magnífico *Himno de la Creación*, rebotante de apoteósico entusiasmo y estro poético, o Mo^hè ibn 'Ezra, en "un himno a la manera de la *Corona Real* de Ibn Gabirol —dice Millás (*La Poesía sagrada hebr.-españ.* p. 96)— y en el cual se advierten los esfuerzos de Ibn 'Ezra para emular, aunque en vano, aquella sublime poesía", y en otros parecen entreverse destellos que lo recuerdan, como en ciertas composiciones de Abraham ibn 'Ezra; pero a todos les faltó la pujanza de inspiración, densidad de contenido y grandiosidad de concepción que son gala del gran poema gabiroliano.

Este va estructurado en 40 cantos, perícopas o secciones (estrofas podrían denominarse, como hacen algunos, aunque un tanto abusivamente); pero hay divergencias entre los editores y traductoras en cuanto a la segmentación de versículos —no son propiamente versos—: unos ponen 404 (p. e. Millás y otros), ó 352 (como el traductor inglés B. Lewis), o 640 (edición bilingüe de Zangwill, 1923, texto de Israel Davidson, que Millás dice también haber seguido, y el traductor francés Chouraqui (conforme, indica, a la edición de Schirmann, 1949). La traducción alemana de Sachs alcanza 845 versos.

El citado B. Lewis (1961) establece la división siguiente en cuanto al contenido:

"Dividese el poema en tres partes. La *primera* (I-IX), de carácter himnico, celebra los divinos atributos en un lenguaje lírico de sublime grandeza. El último mencionado de éstos es la "voluntad divina", que en el poema emana de la divina Sabiduría, y es el instrumento activo y eficiente del proceso de la creación. La última y única causa en realidad de todo ser es Dios; pero la causa inmediata es Su Voluntad, con lo cual la Creación es la resultante de un acto de Voluntad. Esto nos lleva a la *segunda* parte del poema (X-XXXII), en que Ibn Gabirol describe las maravillas de la Creación, conforme a las ideas científicas y filosóficas de su tiempo. Empezando con el

mundo, su visión va ascendiendo de esfera en esfera hasta el Sol, la Luna y los planetas, las estrellas, hasta el último arcano de la divinidad. En la sección *final* (XXXIII-XL), se torna de la clave mayor a la menor, de las alturas universales a las profundidades humanas, del culto y adoración a la confesión, penitencia y deprecación, terminando el poema con un himno de gloria, personal y universal a la vez, a la grandeza de Dios" (pp. 20-21).

Respecto a la estructura formal, dice el mismo autor:

"La *Corona Real* no presenta huellas de la prosodia o retórica árabe; está escrita en prosa rítmica, de simplicidad bíblica, y dividida en series de estrofas de simétrica estructura, cada una de las cuales termina con una cita bíblica. Casi cada verso (o versículo) contiene algún fragmento de cita o alusión a algún versículo bíblico, que a menudo se presenta en un nuevo y extraordinariamente distinto significado en el contexto en que se emplea" (ib.).

El traductor francés del *Fons vitae* Jacques Schlanger, anteriormente citado, en la Introducción sintetiza con acierto y precisión la estructura y fondo ideológico del *Kêter Malkût* en estos términos, que completan e ilustran el bosquejo anterior:

"Esta obra, en la que Ibn Gabirol demuestra su asombroso dominio de la lengua hebrea, así como su perfecto conocimiento de los textos bíblicos, está compuesta de 40 cantos de extensión desigual, y se divide en *tres* partes. *Primeramente* una *Teología* (cantos I-IX), en que el poeta celebra los atributos divinos: la unidad, la existencia, la eternidad, la grandeza, el poder, el esplendor, el dominio y la sabiduría creadora. Sigue una *Cosmología* (cantos X-XXXII), en que partiendo de los elementos del mundo sublunar, el poeta recorre el mundo de las esferas, hasta la última, que es la del Intelecto; describe a continuación el trono de la gloria, el mundo de los Angeles, el Paraíso y el Infierno, y prosigue con la descripción del hombre, constituido principalmente de una alma de origen divino, que tiene por causa final el cono-

cimiento, y el cuerpo por instrumento. Finalmente, una larga y cautivamente *invocación* (cantos XXX-XL), que cierra el *Kèter Malkût* y en la cual Ibn Gabirol alaba la infinita misericordia de Dios frente a los exiguos méritos y numerosos pecados del hombre". (pág: 12).

Unánimemente señalan los autores el *Kèter Malkût* como obra de madurez del gran poeta y filósofo, en ambos aspectos, compuesta probablemente en los postreros años de su vida, después del *Fons vitae*; de ahí que las coincidencias entre ambas obras deban considerarse como conscientes y no puramente casuales.

Por nuestra parte, digamos algo de los valores filosófico-teológicos que atesora el poema. Si la Filosofía es realmente, más bien que un complejo de ciertas disciplinas que suelen englobarse en la docencia bajo esa denominación general, una *Ciencia superior que abarca todos los saberes*, todas las ciencias particulares (todas, las *noológicas* y las *cosmológicas* pueden estudiarse "filosóficamente"), consideradas en una concreción suprema, en visión universal más elevada, concatenada y profunda que en una esfera simplemente científica, llegando hasta sus primeros principios, últimas causas y relaciones más íntimas, hay que reconocer que en el *Kèter Malkût* tenemos la más acabada realización de esa Filosofía magna e ideal, que lo abarca todo y lo resume todo.

Además, el hombre, "corona" de la creación y "medida de todas las cosas" teóricas y prácticas, cósmicas —dentro de nuestro mundo— y divinas, en la medida que éstas nos son accesibles, debe, en consecuencia ocupar la posición central que le compete, y ése es precisamente el puesto en que se le sitúa dentro del amplio panorama del poema. Este es eminentemente *divino*, en cuanto a su meta final, grandiosamente *cósmico* en su escenario y desarrollo, pero sobre todo profundamente *humano* por el aliento que en él palpita.

En todas sus magnas estrofas aparece el hombre de una u otra forma, sea en primer plano, sea subyacente o entrevisto. En él se cantan y se cuentan, ciertamente, como al principio del mismo se anuncia, "las maravillas del Dios vivo"; pero es precisamente el hombre quien las canta; hay como

un éxtasis de admiración ante esas maravillas, y el hombre es quien se extasía. “Maravillosas son tus obras y mi alma lo reconoce”, exclama el poeta; “Tú eres sabio y la Sapiencia es *fuelle de vida*, que de Tí mana, pero el hombre no alcanza a comprenderla”.

La Filosofía, considerada antaño como simple servidora de la Teología, según el concepto escolástico, *ancilla Theologiae*, es más bien una ala o escala para remontarse a las altas regiones de la Ciencia de Dios, la Teología, como superación de esa esfera intermedia que es la Teodicea. En la *Corona Real* se encierra mucha Filosofía, como hemos indicado, mucha Teodicea y un enorme caudal de altísima Teología, estrechamente ensambladas, todo ello recubierto con el manto recamado de estrellas de innumerables citas bíblicas, explícitas e implícitas. El título mismo está tomado del libro de *Ester* (1¹¹, 2¹⁷, 6⁸), el libro más ostentosamente regio de la Biblia.

Teología pura es el recuento de los atributos divinos: Tú eres uno, existente, vivo, grande, fuerte, luminoso. Dios de dioses y Señor de los señores, sabio, poderoso, justo, maravilloso, portentoso, incomprensible, inaccesible, inabarcable, son los títulos divinos que se van desplegando en la sinfonía de las cuarenta magnas estrofas del poema.

La Teología es dogma y es también moral, norma de la vida humana, cifra y compendio de los deberes del hombre para con Dios, consigo mismo y con el prójimo en orden a Dios, y todo el poema está esmaltado de sentencias profundas que elevan al hombre hacia Dios.

Ascetismo y Mística es también la Teología, y la deprecación del hombre a Dios es como nube de incienso que sube en todo el himno hasta el trono divino del que se asienta en el Empíreo. Sobre todo la tercera parte, integrada por las ocho estrofas finales es una magna oración, quizá la más extensa que pudiéramos encontrar fuerá de la Biblia, y aun en ésta solamente superada por el magno poema de la Ley de Dios (Salmo 119: 176 versos), que no es siempre estrictamente plegaria.

Esto es el *Kéter Malkút*, verdadero piélago de ideas y sentencias, de grandezas y loores al Dios del universo, Señor, Roca o Ciudadela, y Redentor del hombre: *Yahwe^h*, *Šūrī w^e-go'alī*, final del último verso, íntegramente inserto, como áureo bro-

che del poema, del Salmo 19 (Séante gratas las palabras de mi boca y la meditación de mi corazón, Yahvé, mi Roca y mi Redentor”).

E P Í L O G O

Aun limitándonos, por imperativo de las circunstancias, a uno sólo de los perfiles fundamentales que pueden estudiarse en Ibn Gabirol, figura tan pletórica como eminente, hemos podido descubrir no sólo su grandeza, sino también los ricos matices que bajo el dictado general de filósofo-teólogo se destacan en sus escritos de esta índole. Don Juan Valera afirma paladinamente: “En suma, Ben Gabirol es, para cuantos han leído alguna de sus obras, uno de los más grandes filósofos y poetas que ha habido en el mundo”. (*loc. cit.* p. 221). Su influencia irradió en muy diversos sentidos, como son la Escolástica cristiana y la Cábala o misticismo judaico. Su obra encierra “una cosmología y una Teodicea elevadísimas —dice el mismo crítico—, de donde han tomado mucho, sin duda, algunos filósofos escolásticos y hasta grandes poetas de la Edad Media... El sistema cosmológico explicado por Dante (*Paraiso*, canto II) tiene mucho de la doctrina de Ben Gabirol” (*ibid.*, p. 219).

En cuanto a su semblanza, podríamos decir está dibujada con trazos vigorosos y luminosos destellos en el retrato del *escriba* que hace el Sirácides (39¹⁻¹⁵): “Investiga la sabiduría de todos los antiguos y dedica sus ocios a la lectura de los profetas... Investiga el sentido recóndito de los enigmas y se ocupa en descifrar las sentencias oscuras... Abre su boca en la oración y ruega por sus pecados... De muchos será alabada su inteligencia y jamás será echado en olvido; no se borrará su memoria y su nombre vivirá de generación en generación...”

Fue un amante sincero de la sabiduría, como auténtico *filósofo*; ardientemente “la amó y la buscó desde su juventud y con ella se desposó, enamorado de su belleza” (Sb 8²), como anteriormente indicamos.

Rara suele ser la conjunción de un filósofo y un poeta en el sentido estricto, como dejamos dicho, dado que suelen ser

mentalidades muy diferentes y aun de opuestas características y tendencias, por más que la Poesía verdadera encierre tesoros de profunda Filosofía. Todavía es más *rara avis* la unión de poeta y teólogo, por lo cual es muy alabada la profundidad teológica del autor de *El condenado por desconfiado*, por no hablar del altísimo poeta de la *Divina Comedia*; pero extremadamente insólita, verdadera ave fénix, la triple reunión de eminente *poeta* —y poeta místico—, *filósofo* —el primero cronológicamente de su linaje, constatan los autores— y *teólogo* “nullius dogmatis expers”, como se dijo de Dante, los tres fundidos en el ardiente crisol de la Sda. **Escritura**. Tal fue el alma privilegiada de S^olomó ibn Gabirol.

“Caballero de la palabra y maestro de la poesía” le llamó M. ibn 'Ezra, porque fue, en efecto, un verdadero orfebre del lenguaje y poeta incomparable. Metafísico en las disquisiciones del *Fons vitae* sobre el cosmos y el hombre; fino sicólogo y moralista en el *Libro de la corrección de los caracteres*, “peñador de perlas” del espíritu para repartirlas generosamente, en el *Mibhar ha-p^eninim*, y ampliar su preocupación educadora y moralizadora; teólogo sublime, ascético y místico, cantor excelso y aun diría yo predicador de la verdad, la bondad y la sabiduría de Dios, así como de las miserias humanas en un tono emotivo de penitencial contrición y compunción, en la *Corona Real*.

Como augurio final, yo deseo ardientemente que Málaga “la cantaora”, como alguien la llamó —yo la llamaría, además, encantadora—, cuna de insignes artistas, políticos y escritores, sin abdicar de ninguna de esas nobles cualidades, sea también desde ahora, bajo los auspicios de su flamante Universidad, todavía en ciernes, Málaga “la pensadora” y troquel donde se formen generaciones de estudiosos que siguiendo el ejemplo de tantos y tan ilustres antepasados —nobleza obliga—, entre los que tan señalado puesto de honor ocupa S^olomó ibn Gabirol, den a la ciudad ilustre y esplendor, al par que nuevos días de gloria a nuestra patria.

Como fruto práctico, mirando a un futuro próximo, de esta brillante conmemoración del altísimo poeta, filósofo y teólogo, yo desearía surgiese el compromiso formal de tener en

cuenta el estrato y abolengo semíticos existentes en esta ciudad, al estructurar los planes de estudios de la futura Facultad de Letras, creando en ella, al menos, una cátedra de Ibn Gabirol. Así lo espero. ¡Dios lo haga!

18 de Abril, 1972.

David Gonzalo Maeso